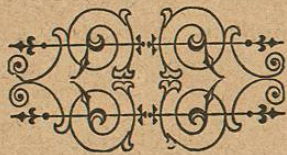


piezan á levantarse esas grandes lumbreras que se llaman *Santos*. Desde su cuna se vislumbra alguna vez su vida. Aquí, por ejemplo, en esta infancia tan graciosa y tan fuerte, tan ardiente y tan pura, en que brilla en medio de la más viva y tierna sensibilidad, una firmeza y energía tan extraordinarias á los dieciocho años, ¿quién no trasluce ya, aunque en germen, esas virtudes que deben brillar un día con tanto esplendor; esa fe, capaz de transportar las montañas; ese vigor de alma, con que nuestra Santa derribará los obstáculos que se opongan al cumplimiento de los designios de Dios; esa generosidad y ese fuego divino que, llevándola de sacrificio en sacrificio, arrancará á San Francisco de Sales el grito de la admiración, y lágrimas á San Vicente de Paúl?

En medio de todo esto, nada anuncia, no obstante, que nuestra Santa tuviese el menor presentimiento de su vocación futura. La misma que un día debía hacer florecer el desierto, y á quien tantas almas habían de seguir en la soledad para que, como maestra, las enseñase á suspirar y desear al Esposo divino, se encontraba próxima á entrar en el mundo, y la hora en que debía, parece, fijar su destino, había sonado ya: nuestra Santa iba á contraer libre y voluntariamente los lazos que la habían de atar en el siglo para siempre, según todas las apariencias.



CAPÍTULO II

Matrimonio de Santa Juana Francisca Fremiot, verificado en el castillo de Bourbilly.

— 1592 —

EL esposo que el Presidente Fremiot destinaba á su hija, era un joven caballero, de edad de veintisiete años, primogénito de la ilustre familia de Rabutin, y el último descendiente por línea materna de la familia de San Bernardo (1). Se llamaba Cristóbal II, Barón de Chantal, y vivía en Bourbilly, á dos leguas de Semur. Su padre, soldado veterano de las guerras de la Liga, y partidario de los principios del Presidente Fremiot, había combatido á su lado desde 1589, en las guerras heroicas de Semur y Flavigni. El hijo había heredado el valor del padre. «Era de carácter muy dulce—dice Bussy Rabutin—y esto le atraía quimeras con hombres brutales, que no concebían cómo sin ser fanfarrón se puede ser valiente; pero él se lo hacía comprender con muy buenas estocadas (2). » A los veinte años

(1) *Vida de la Venerable Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, página 13. Véanse también las declaraciones de la Madre María Filiberta de Monthouz y de la Hermana María Antonia de Sacconay, *super articulo IX*.

(2) *Historia genealógica de la casa de Rabutin*, compuesta por el señor Roger de Rabutin. Esta obra, manuscrita, que contiene interesantes detalles sobre la mayor parte de las personas que deben figurar en esta historia, está en la Biblioteca pública de Dijón.

había tenido ya dieciocho desafíos, y saliendo siempre victorioso, tuvo la suerte de no matar nunca á su adversario. Las guerras de la Liga vinieron á ofrecerle campo más digno de su bizarría; y, en efecto, se le vió brillar en todos los encuentros, y admiró á todos verle en la flor de su edad unir á tanto valor, intrepidez y sangre fría, los más delicados sentimientos del honor, y lo que es más raro, y (á pesar de los referidos desafíos que debían hacer creer lo contrario) una fe profunda y mucha delicadeza de conciencia. Era de un carácter alegre, afable y comunicativo. Hablaba con gracia, cultivaba las ciencias y gustaba de la poesía, ocupándose algunos ratos en componer versos. En una palabra, poseía la fe y el valor de un caballero de la Edad Media, junto con el distinguido carácter y modales de un noble del siglo XVII.

El Presidente Fremiot, que admiró este raro conjunto de buenas cualidades en tan pocos años, le hizo nombrar capitán de las tropas que guarnecían á Semur, creyendo no poder confiar á una espada más leal la guardia de una ciudad adonde se había trasladado el Parlamento para tener sus sesiones, y aun le permitió aspirar á la mano de Juana Francisca.

Esta había cumplido veinte años. «Era—dicen las antiguas *Memorias*—de talle gentil, de aire gallardo y majestuoso, y toda su figura hermosa, llena de gracia natural, y atractiva sin artificio ni afeminación: su carácter era vivo y alegre; su entendimiento claro, despejado y pronto; su juicio sólido, no habiendo en ella nada que fuese voluble ni ligero. En fin, tenía tal reputación, que la llamaban la Perfecta Señora, y sintieron mucho verla salir de Dijón para ir á vivir á Bourbilly (1).» La Madre Chaugy supone, y todos los historiadores repiten, que en Dijón se verificaron las prime-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 12.

ras entrevistas, y se celebró por fin el matrimonio, pero es un error; en esta época la guerra civil estaba en su período más fuerte, y el señor de Fremiot no hubiera podido presentarse aún en Dijón sin arriesgar su vida (1). El contrato de matrimonio, que tuvimos la dicha de encontrar en Annecy, da con este motivo preciosas indicaciones que nos faltaban (2). Se ve en este documento que no se firmó en Dijón, donde la cabeza del Sr. Fremiot puede decirse estaba puesta á precio, ni tampoco en Thotes, en donde «no había más que una mala casa de campo», incapaz de resistir el menor ataque, sino «en el castillo y casa fuerte de Bourbilly», es decir, en casa del joven Barón, pues aunque el hacerlo así era contrario á la costumbre recibida, la necesidad de las circunstancias exigía esta medida de prudencia. Estaban presentes y firmaron el contrato, con los dos futuros esposos, el Sr. de Chantal, padre; el Presidente Fremiot, padre de la Santa; el Sr. D. Juan Fremiot,

(1) *Archivos municipales de Dijón*. Sentencias del Concejo de la ciudad, años 1589, 1590, 1591 y 1592.

(2) Véase la nota núm. 4. En ella damos el texto del contrato de matrimonio, sacado de una nota auténtica. Esta nota se sacó en 1714 por diligencia de la madre de Thesut, Superiora de la Visitación, de Dijón. Se lee en los *Anales de la Visitación*, de esta ciudad, publicados recientemente por el Sr. Abate Colet, Vicario general de Dijón, hoy Obispo de Luzón: «Hacia mucho tiempo que nuestras Hermanas de Annecy buscaban la copia del contrato de matrimonio de nuestra bienaventurada Madre Chantal, por ser necesario este documento para instruir el proceso de su beatificación. Nuestra Madre Magdalena Serafina empleó para buscarle personas entendidas y aficionadas á esta clase de investigaciones. En fin, el contrato se encontró en Epoisses, aldea pequeña cerca de Dijón, adonde se había llevado la oficina del notario de esta ciudad, que le había redactado. Nuestra Madre hizo sacar una copia comprobada, que costó 200 francos.» (*Anales de la Visitación de Dijón*, pág. 196.) Esta es la copia que aún se conserva en Annecy, y cuyo texto publicamos. No es verdad, no obstante, como dicen los *Anales*, que el contrato de matrimonio haya sido redactado por un notario de Dijón. Se otorgó ante Francisco Boedot, notario real de la bailía de Auxois, con residencia en Epoisses. En cuanto al texto original del contrato, todas nuestras diligencias han sido inútiles para encontrarle.

Prior del Gran Val-des-Choux, su tío paterno, quien probablemente bendijo el matrimonio; el Sr. D. Carlos d'Esbarres Escudero, que vivía en Semur, tío materno de la Santa, y el Sr. D. Juan Jacobo de Neufchezes, Barón de Francs, su cuñado. Se nota la falta del señor D. Claudio Fremiot, su tío, y de Andrés, su hermano; éste residía en París concluyendo sus estudios, y aquél no pudo, sin duda alguna, alcanzar el salvo-conducto de la ciudad de Dijón, que le era necesario para ir á Bourbilly.

El contrato se firmó el 28 de Diciembre de 1592, por la tarde, y «en vista y consideración del futuro matrimonio», y, por consecuencia, no pudo éste celebrarse sino al otro día, 29, y no el 28 mismo, como dice Bussy Rabutin (1). Juana Francisca tenía veinte años, once meses y seis días.

Creo agrádará al lector saber las condiciones del contrato. El joven Barón de Chantal poseía ya el territorio de Bourbilly, que pertenecía de derecho al primogénito de la familia, quien entraba en posesión de él al cumplir su mayor edad. Su padre le asignaba, para él y sus herederos perpetuamente, la tierra y señorío de Sauvigny, distante una legua de Bourbilly, con todas sus dependencias y derechos, reservándose el usufructo durante su vida. Su futura hija política, además de la suma de 200 escudos anuales que se la asegurarían sobre lo mejor de los bienes de su futuro esposo, y como por viudedad, debía gozar, mientras viviese, del castillo de Bourbilly. «Además, la dicha futura esposa será alhajada con sortijas y pedrerías por el dicho señor esposo, hasta la suma de 600 escudos, y provista de un coche enjaezado con cuatro buenos caballos». Por su

(1) *Genealogía manuscrita*. «Cristóbal, hijo de Guay de Rabutin, estuvo dos años al lado del Presidente de Fremiot, durante los cuales casó con su hija Juana Francisca Fremiot, en 28 de Diciembre de 1592.»

parte el Presidente Fremiot daba á su hija y la constituía como dote de matrimonio, la suma de 16.666 escudos y dos tercios; es decir, 50.000 libras, suma considerable para aquel tiempo, y de la cual una parte debía ser pagada al contado, y la otra después de la muerte del Presidente.

¿Qué valía, en esta fecha de 1592, el señorío de Bourbilly? Muy difícil es la exactitud en esto. Muchos años después, la nieta de nuestra Santa, la señora de Sevigné, escribía á la señora de Grignan: «Por fin, querida hija, he llegado al antiguo castillo de mis padres, habiendo encontrado en el mismo lugar en donde los dejé, mis hermosos prados, mi pequeño río y mi hermoso molino. Se han podado los árboles que están delante de la puerta, y queda una calle ó paseo muy agradable. El trigo está aquí abundantísimo, pero los *monises* tan raros, que no se encuentra un sueldo. Si no tuvierais trigo os ofrecería de lo mío, porque tengo 20.000 fanegas que vender; posible es aquí morir de hambre sobre montones de trigo; y, sin embargo, he asegurado 14.000 libras y he renovado los arrendamientos, sin rebajar nada, que es lo que principalmente quería hacer aquí. El abate Coulanges apreciaría esta tierra en 100.000 escudos» (1).

Pero cuando la señora de Chantal fué á Bourbilly, estaba muy lejos de valer esto, y aun mucho menos. Todo estaba allí en el mayor desorden. Diez años, á lo menos, habían transcurrido desde que falleció la madre del joven Barón, y desde entonces el castillo, que en parte había sido preciso reedificar, las originalidades y caprichos costosos del anciano señor de Chantal, la juventud de su hijo, la guerra que en esta época todo lo arruinaba, y, sobre todo, esa decadencia inevitable en que cae toda casa en la cual no hay mujer que la go-

(1) Monmerqué, *Cartas de Mad. de Sevigné*, t. I, pág. 110.

bierno, habían disminuído notablemente sus rentas. Los criados saqueaban la casa, los labradores no pagaban los arriendos, y las tierras no daban ningún producto. Para colmo de desdichas, el joven Barón fué herido y hecho prisionero en la guerra, viéndose precisado á pedir prestado para rescatarse, con lo cual habia acabado de enredar el mal estado de su fortuna. «Hija mía—escribía la señora de Chantal, treinta años después, á una de sus hijas á quien acababa de casar;—aplicate cuidadosamente al cuidado de tu casa... Si yo no hubiese tenido ánimo para hacerlo desde el momento en que me casé, no sé cómo hubiéramos podido vivir, porque teníamos menos rentas que tú, y 15.000 escudos de deudas» (1).

A estos detalles sobre el matrimonio de Santa Juana, podrían juntarse otros que serían más interesantes. ¿Cómo se preparó á este acto tan serio, á este sacramento tan santo y tremendo? ¿Cuáles fueron su fe, su modestia, su recogimiento, su ardiente oración, en un momento en que generalmente no se lleva á los pies de los altares santos sino un corazón embriagado con las vanas alegrías mundanas? Nada nos dice la historia; sólo sabemos que Juana Francisca aceptó de manos del Presidente Fremiot, su padre, al Barón de Chantal, con el mismo respeto que si Dios se le hubiese presentado, y que al momento le entregó su corazón, consagrándole sus afectos más profundos, tiernos, respetuosos é inalterables, como veremos más adelante. Por su parte el Barón de Chantal admiró las gracias y dones que descubrió en su joven esposa, y demasiado cristiano para no preferir á todas las cualidades de cuerpo y de espíritu las del corazón y la virtud, quedó encantado de las

(1) Archivos de la Visitación de Annecy, *Carta de Santa Juana Francisca de Chantal á su hija Mad. de Toulangeon*, en 1625. Estos 15.000 escudos de oro, valían cada uno 3 libras, lo que hacía 45.000 libras de deudas.

de nuestra Santa, y pagó su afecto con un amor que nada pudo debilitar jamás.

Todos los historiadores están unánimes en este punto. «Los dos esposos—dice uno de los testigos que figuran en el proceso de canonización—ofrecían en Bourbilly el más perfecto modelo de un matrimonio santo; no tenían más que un solo corazón y una sola alma; la Santa rodeaba á su esposo de amor y obediencia, amándole ardiente y tiernamente, y éste la correspondía con el afecto más sincero y sólido, venerándola y honrándola con su más íntima confianza. Esto era público y notorio(1).» «Dios—dice la Madre Chaugy—había formado en el corazón de estos esposos una amistad tan casta, sincera y reciproca, que jamás hubo entre ellos, no solamente disputa ninguna, sino ni aun diversidad de voluntad (2).» Bussy-Rabutín, á pesar de su facilidad en murmurar, habla en este punto como todos los demás. En el magnífico testimonio que vamos á citar, sólo está demás la primera palabra. «Hasta su matrimonio—dice—el Barón de Chantal habia sido muy galante, pero encontrando en su joven esposa todos los atractivos de cuerpo y espíritu, se enamoró de ella completamente, y la amó con una ternura inexplicable. Lo que mantuvo constantemente este cariño hasta la muerte, fueron las frecuentes ausencias, más largas aún que las temporadas que pasaba á su lado. Cuando estaba en el ejército ó en la corte, nuestra Santa se entregaba totalmente á Dios; pero, cuando volvía, su esposo la robaba toda su atención (3).»

Estas frecuentes ausencias, de que habla Bussy-Rabutín, eran precisas con motivo de las guerras de Religión, que, principiadas hacía largo tiempo, no tenían

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de Claudio Latour, *super*. art. XIII.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*.

(3) *Vida en compendio*.

trazas aún de concluir. En 1593, Enrique IV, que se preparaba el acto de su abjuración y deseaba dar un golpe decisivo, necesitaba reunir todas sus fuerzas, y acordándose del Barón de Chantal, «á quien amaba y estimaba», mandó á su padre que se le enviase con toda brevedad. El mandato no admitía réplica, y aunque no hacía más que tres meses que se había casado, el joven Barón partió inmediatamente, llevando una carta para Enrique IV, en la cual el anciano Sr. de Chantal se disculpaba con su Príncipe por haber detenido á su hijo tanto tiempo en Borgoña, así como de enviarle mal equipado, solicitando con nobleza la generosidad del Rey (1).

La tarde de su partida fué cuando los jóvenes esposos, paseándose por la hermosa calle de árboles de Bourbilly, tuvieron aquella larga conversación, muy abreviada, por cierto, en las precedentes historias de la Santa, en que el Barón de Chantal rogó á su santa esposa se encargase de la administración de todos sus bienes;

(1) *Genealogía manuscrita*. Se nos permitirá citar los últimos renglones de esta carta. Desgraciadamente tendremos que hablar más adelante bastante mal de este anciano Barón, para que dejemos de hacerle ahora la justicia de mostrarle bajo el aspecto de generosidad, fidelidad y altivez que eran como el sello de la antigua nobleza francesa. «En cuanto á mi hijo, decía el anciano Barón de Chantal al concluir, tengo, señor, gran disgusto, atendiendo á quien es, y al honor que le hacéis al estimarle y tenerle en algo, de que mi fortuna, agotada con los precedentes servicios, no acompañe á mi sincera y fiel adhesión, no pudiendo sacar nada de lo poco que me queda sino con la punta de la espada. Esto, señor, podéis suplirlo ó remediarlo con vuestra liberalidad, dando á este joven, tan sinceramente adicto á V. M., medios para acompañaros y seguiros á las heroicas y magníficas hazañas como á las virtuosas empresas, con las cuales queréis inmortalizar vuestro nombre. Siento mucho el largo tiempo que se ha detenido, y que ha sido mucho más de lo que yo hubiera deseado, porque sus antiguas heridas se le abrieron de nuevo por mucho tiempo, y siéndome preciso casarle por los negocios de mi casa, ruego que todo esto le sirva, como á mí, de excusa, si, como viejo caballero francés, hablo con la franqueza propia de la antigua nobleza francesa. Ruego á Dios, señor, os conceda salud y prosperidad, así como feliz y larga vida.»

ésta se resistía alegando su inexperiencia, la inclinación que la impulsaba á dedicarse exclusivamente al servicio de Dios, como también la imposibilidad—decía—de unir una vida de recogimiento y oración, con el tráfico y bullicio de tan gran casa; pero el Barón fué refutando poco á poco sus objeciones, y mostrándola que no hay incompatibilidad ninguna entre estas cosas la citó la Sagrada Escritura, que dice: «La mujer sabia edifica su casa, y la mujer fuerte pone su mano en cosas útiles», y coronó sus hermosos argumentos con la relación del ejemplo dado por su misma madre, mujer de alta alcurnia y de mayor virtud, criada en la corte, de donde no conservó más que los honores y la finura más delicada. Esta señora se dedicó desde su llegada á Bourbilly á gobernar su casa y poner en orden sus dependencias, arregló todos los negocios, y en tiempos muy calamitosos la preservó de una ruina completa. En medio de todos sus afanes, supo unir á la inteligente y varonil firmeza de su gobierno en los intereses materiales, la piedad más tierna y heroica, como se vió—decía el joven Barón—á la hora de su muerte, porque atacada de un cáncer en el pecho, que sufrió en silencio años enteros, dominándose hasta el extremo de no descubrir á nadie sus dolores, y teniendo que hacerle una operación horrible, como se la quisiese atar, dijo estas hermosas palabras: «La razón y la conciencia son las ataduras más fuertes para una mujer cristiana; no tengáis cuidado, estoy acostumbrada á sufrir mirando á mi Jesús crucificado.» Efectivamente, no exhaló una queja, ni habló una sola palabra, levantando los ojos al cielo mientras le quemaban las carnes vivas. La operación fué desgraciada y murió poco tiempo después, dejando á todos indecisos sobre qué habían de admirar más en esta mujer heroica, si su paciencia, su modestia ó su mucha caridad.

Este tierno relato, mezclado con las lágrimas de la

despedida, hizo mucha impresión en la señora de Chantal, que prometió á su esposo corresponder á la confianza que le manifestaba, encargándose de la dirección de todos sus bienes, y desde este momento se vió brillar en nuestra Santa ese genio práctico que aún no había tenido ocasión de manifestarse, y que además de su virtud constituirá la grande gloria, el lustre inmortal de Santa Juana Fremiot.

Debiendo durar la ausencia del Barón unos cuatro ó cinco meses, resolvió aprovecharla para arreglar y poner en el castillo el orden que de todo punto faltaba, y empezó su reforma por los criados. Persuadida de que el ejemplo vale mucho más que las palabras, y á fin de ejercer la más exacta vigilancia, tomó el partido de levantarse como ellos á las cinco de la mañana. Los dirigía ella misma en el ejercicio de la mañana, y quería que pudiesen todos oír diariamente la Misa. Con este fin mandó que la Misa de fundación que debía decirse en el castillo, y que desde que murió su virtuosa suegra no se decía, se celebrase diariamente muy de mañana en la capilla. De este modo todos los criados, aún los que iban al campo, podían oírla. Por la noche, antes de acostarse, hacía la cuenta del trabajo del día. Muchas veces, la señora de Chantal, durante el día, tomaba su labor y se iba á hilar ó coser con sus criadas, y aprovechaba este tiempo para ilustrar dulcemente sus espíritus con sus piadosas conversaciones, en que las enseñaba á conocer y amar á Dios. El domingo los llevaba á todos á la Misa de la parroquia, y para que pudiesen ayudar á cantar el Credo con más solemnidad, les enseñaba á los que veía con buena voz y disposición. Sucedió muchas veces que mientras les daba esta lección, que solía ser regularmente en las cocinas ó en las quintas, se llenaba de un santo entusiasmo, y no pudiendo contenerle en su pecho, exclamaba: «¡Oh y qué felices seríamos si vertié-

semos toda nuestra sangre por la fe! Pero no somos dignos de esta dicha y debemos humillarnos mucho. Había recibido—dice la Santa—estos sentimientos en los días de mi infancia, y siempre los he sentido crecer en mí.» (1)

Trataba á sus arrendadores casi como á sus criados. Todos los meses se le habían de presentar para traer el rédito y recibir sus órdenes. Se ha notado como un rasgo característico de su talento práctico, que siempre les daba por escrito sus órdenes, al menos cuando tenían alguna importancia. De este modo no podían pretextar el olvido, ó no haberlo entendido ni comprendido, y mucho menos era posible cambiarlas ó alterarlas. No contenta con esto, montaba á caballo é iba á sorprender á sus renteros, aun en las más lejanas quintas. Sorpresas agradables, por otra parte, porque la joven Baronesa tenía el talento de hacerse obedecer, pero poseía en más alto grado el de hacerse amar.

Obrando de este modo se previenen las faltas, y no hay ninguna que reprender. «Es una gran prueba de su prudencia y dulce gobierno, el que en ocho años que estuvo casada (dicen sus biógrafos), y nueve que pasó en el mundo después de viuda, no mudó de criados ni criadas, exceptuando dos que despidió porque no pudo conseguir se enmendasen de algunos vicios á que se habían entregado. No gastaba mal humor con sus criados ni gritaba para darles sus órdenes. Sola su virtud la hacía temer y amar. En una palabra, su casa era la morada del honor, de la paz, de la educación, de la cristiana piedad y de la alegría verdaderamente noble é inocente.» (2)

Tal vez parecerá raro que insistamos tanto en estos

(1) Declaración de la Hermana María Valentina de Bellair y de la Madre Rosalia Greyffé.

(2) *Memorias de la Madre Chaugy*, pág. 20.